



SANTIAGO ARCEDIANO

EL SFUMATO

Memoria de Simón de Anda en Filipinas

Las efemérides sirven para estimular lo que les corresponde por propia definición: recuerdos y conmemoraciones de lo acontecido en un día concreto o bien remembranzas de una serie de acontecimientos narrados en una sucesión de fechas. Es lo que tiene la perpetuación de la memoria: «los recuerdos sacan a la luz la vida de los muertos que está en la memoria de los vivos». Lo aseveró con clarividencia Cicerón en los tiempos que comenzaban a alumbrarse las primeras fuentes de información sobre la antigua Roma, o sea con los primeros registros ya sistematizados por años de un pueblo, los llamados Anales. Recordar ya era entonces una forma de vivir, cimentando prestigios y autoridades. Oficializando una memoria que conservara y recuperase la información originada en el pasado.

Pues bien, iniciada la primavera de hace ahora exactamente quinientos años, una expedición de exploradores al mando del portugués Fernando de Magallanes tomó posesión para la Corona española —Carlos I que era ya V de Alemania— de un archipiélago formado por más de 7.000 islas que se llamó tiempo después Filipinas, en honor del futuro monarca Felipe II. Fallecido Magallanes en combate en una de aquellas islas, otro marino con un grupo cada vez más diezmado de hombres, el guipuzcoano de Getaria Juan Sebastián Elcano, como es notorio, circunnavegaba la tierra y completaba así la primera vuelta al mundo en tres años y un mes de hercúleas empresas. Desde 1521 hasta la fecha de 1898, el dominio español se hizo notar en aquella recóndita parte del globo terráqueo.

En casi cuatro siglos de presencia hispánica en Filipinas, sucedieron muchos acontecimientos. Y en uno de ellos brilló precisamente con luz propia, de manera tan inopinada como sorprendente, el alavés nacido en el pueblo de Subijana Simón de Anda y Salazar (1709-1776). Hombre instruido en leyes por la Universidad de Alcalá de Henares y competente funcionario dentro de la Administración de Carlos III, desempeñaba funciones burocráticas en Manila en 1762 cuando se ve inmerso en una de las ramificaciones de la Gue-



'Alegoría de la defensa de Filipinas por el alavés Don Simón de Anda y Salazar. 1762-1763'. MUSEO BELLAS ARTES DE ÁLAVA

rra de los Siete Años por tierras de ultramar. Las fuerzas británicas ansiaban expandirse por el Pacífico y asentarse imperialmente en China y por todo el continente asiático.

'La pérdida Albión'

Los que serán en unos años a más no tardar bautizados pero ya en tiempos napoleónicos como hijos de 'la pérdida Albión' asedian y saquean en uno de estos episodios bélicos la bahía de Manila. Y ahí es cuando aparece la figura de Simón de Anda, un alto magistrado de carrera, pero que no era militar, brioso, corajudo, con arresos y bastante osadía que se proclama capitán general de Manila frente a un paisanaje de derribo: pusilánimes y dejados en el cumplimiento de la legalidad vigente, maniobros acomodaticios, desertores y taimados profesionales avezados en dobles si no eran triples lenguajes engañosamente diplomáticos. Sobrado de inteligencia natural y con eficacísimas dotes de mando, sorrea Simón de Anda en esos

años un sinfín de trampas derrotando con sus leales y afines a los británicos y sus aliados.

De aquellas aventuras y episodios protagonizados por el ilustre paisano, de esto va uno de los cuadros más grandes en tamaño (236 x 335 centímetros) y de los más peculiares también que se conservan en el Museo de Bellas Artes de Álava. 'Alegoría de la defensa de Filipinas por el alavés Don Simón de Anda y Salazar. 1762-1763', así con este título es conocida dicha obra. Nada, en cambio, sabemos de su autoría. Se maneja la posibilidad que se pintara durante los últimos años de vida del propio Simón o que quizá, en su defecto, fuera encomendado por su familia una vez fallecido éste con la intención de recordar aquellos aspectos concretos de su semblanza. En todo caso, último tercio del siglo XVIII. Probablemente se acometiera este encargo en la Villa y Corte de Madrid.

La Academia de Bellas Artes de San Fernando atraía desde mediados de centuria la for-

mación de arquitectos, pintores, escultores y dibujantes, y es la época —no lo olvidemos— del florecimiento de la Ilustración. En tierras norteñas había nacido la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. Mecenas y clientes, nobles y una todavía incipiente burguesía urbana, comerciantes e industriales, cada día mejor preparados, apuestan por las creaciones artísticas. Y en esta inmediatez, esta peculiar obra, como decimos, casi devocional que respira los aires del momento. La idea de unos valores racionales, de rectitud moral y ciudadana que deben transmitirse, ponderando la lucha por la libertad, la defensa a ultranza de una comunidad, el heroísmo y un espíritu de sacrificio.

Un óleo de información

Con un estilo directo y conciso, de proporciones, equilibrios y simetrías, con un sistema de representación muy efectivo y organizado, esta pintura al óleo inyecta al observador un completo caudal de información: la efigie de casi medio cuerpo

de Simón de Anda, el perfil silueteado del archipiélago filipino con una primera cartela que nos recuerda el viaje inicial emprendido por los navegantes en 1519, con otra inscripción mucho más grande y detallada —es el nudo gordiano de la composición—. Pacientemente enumera y glosa en los años fechados de 1762 y 1763 el ciclo biográfico más sustantivo de este alavés contra los británicos en veintitrés episodios: es la antesala explicativa para visionar en otros tantos paneles y encuadres pictóricos que a modo de viñetas guían hacia dónde mirar.

Eso; un lienzo original que reclama evidente atención y también cierta perseverancia, miniaturas de pinturas de una obra que en sus detalles aislados y en su trama conjunta muestran las habilidades occidentales de unos sucesos acaecidos en los confines de Asia, ahora en este V Centenario de la llegada a aquel país. Y de las andanzas, dos siglos después, del alavés Simón de Anda. De sus hazañas ya impresas en la historia.